

La culta Polaca • Por supuesto

Manías de trabajo

En un excelente calendario que produjo el INEA (Instituto para la educación de los adultos) y que es inaccesible porque está fuera de circulación y sólo se repartió entre cuates, se da cuenta de las manías de trabajo de artistas y escritores, que por la importancia que esta información podría tener para los lectores de esta revista, iremos reproduciendo aquí, con el compermisito del INEA.

Montaigne se encerraba en una torre

No todos los trabajos les dan a quienes los practican la posibilidad de ejercerlos de una manera particular, ya que deben responder a ciertas normas. Pero los artistas (pintores, músicos) y escritores, como trabajan a su manera, sí tienen sus propias manías. Algunas de ellas se registran en este calendario de la vida y el trabajo.

El creador del género de ensayo, Michel de Montaigne, cuando quería meditar con toda libertad, abandonaba corriendo su casa para encerrarse en una torre abandonada, donde permanecía horas enteras, con las ventanas cerradas.

Beethoven se enfriaba la cabeza

Uno de los grandes compositores de todos los tiempo,

Ludwig van Beethoven, creador de la *Novena Sinfonía* o *Himno a la alegría*, adoptado por la Unión Europea como propio, autor de la *Quinta Sinfonía*, del *Claro de Luna* y de innumerables piezas musicales, tenía la costumbre de sumergir la cabeza en agua helada, como preparativo para empezar a componer, lo cual según alguno de sus biógrafos pudo determinar que se quedara sordo.

Víctor Hugo escribía de pie

Victor Hugo, el escritor francés autor de la novela *Los miserables*, tenía manías muy particulares para escribir: a grandes zancadas se paseaba por la habitación en que escribía, de un extremo a otro. Iba construyendo sus versos y frases mientras caminaba, los recitaba para sentir sus efectos y cuando ya estaba seguro de lo que quería escribía de pie en su mesa escritorio e iba regando en el piso las cuartillas que producía. Luego las recogía o mandaba reunir las a algún ayudante.

Rousseau escribía a pleno sol y al aire libre

Educador y pensador, enciclopedista, uno de los hombres que influyó en la

Revolución Francesa y en la Independencia de México, Juan Jacobo Rousseau, escritor francés del siglo XVIII, autor de *Emilio* y *El contrato social*, tenía por costumbre escribir al aire libre, a pleno sol. Si los ruidos campestres le molestaban metía la cabeza en el heno o bien se tapaba los oídos con tapones de algodón en rama.

La politización de La pasión, según Iztapalapa

Como que no le gustó a la Iglesia Católica del país o en especial al candidato mexicano al papado, que la representación de La pasión se politizara.

No fue el propio cardenal Norberto Rivera quien hizo el comentario, porque el Domingo de resurrección quién sabe dónde estaba resucitando o dónde andaba cabildeando, pero su relevo en el oficio de la misa en Catedral, donde semana tras semana hay fervorín politizado, censuró que el Judas de Iztapalapa se arrepintiera a la hora de la hora y fuera de libreto se le ocurriera portar el moñito tricolor que se puso de moda para manifestarse contra el desafuero de López Obrador y que además declarara que con ese juicio se iba a come-

ter una injusticia parecida a la que sufrió Jesús.

El deán de la Catedral, Rubén Ávila Enríquez, padre sustituto de la misa dominical, aclaró que aunque la Iglesia participa en la representación de la Semana Santa en Iztapalapa, en realidad es un grupo civil el que la organiza y que no estaba de acuerdo en que se aproveche el sentimiento religioso para dar otro mensaje.

Como si no fuera cierto que hace mucho tiempo, desde que la Revolución se bajó del caballo y los políticos se subieron al púlpito, la Iglesia católica aprovecha ese mismo sentimiento religioso para llevar agua a los molinos particulares de los jefes religiosos.

¿O a poco don Norberto Rivera no se hace ilusiones con la posibilidad de que él pudiera ser el primer Papa mexicano? Luis Reyes de la Maza ya escribió hace tiempo la novela de su ascenso al poder, como *Juan Xóchitl I*. (¡Sí se puede, sí se puede!)

La caridad y la justicia

Por aquí y por allá asaltan los samaritanos a los pobres consumidores con proposiciones indecorosas que les permitan hacer la caridad.

En los comercios se le insta: “¿Se une al redondeo?”, en las cajas de los supermercados se le presiona con la idea de que patrocine “Un kilo de ayuda” y en los cajeros automáticos también aparece la leyendita: “¿Quiere donar \$5.00 para esto o para lo otro?”

Y en la calle, mientras se conduce un vehículo nuevo o destartado, se dejan venir con su respectivo botecito o

con su cajita dizque sellada, los que piden ayuda para combatir el cáncer, el sida, la parálisis cerebral, la tuberculosis, los males cardiacos, el sarampión, la viruela, la encefalitis. O los que quieren comprar una de esas ambulancias que sólo se ven estacionadas en algunos cruces urbanos, en vez de andar ululando para tratar de salvar heridos, atropellados o desmayados. Y desde luego, la cooperacha anual a favor de la Cruz Roja (¿qué no les iba mejor haciendo sus sorteos?).

Y uno se pone a pensar: ¿qué no cooperamos todos los ciudadanos cautivos de Hacienda con nuestros impuestos, que los automovilistas en especial no somos los que más impuestos pagamos, desde que compra uno el vehículo, carga gasolina, verifica el auto o paga una tenencia anticonstitucional? ¿Por qué todavía el gravamen callejero?

¿Qué necesidad hay de tanto pedigrüño callejero, si por mandato de ley y con las “contribuciones” de todos, el gobierno es el que tiene que atender a quienes lleguen a enfermar o a accidentarse? ¿Qué en Finlandia, donde no hay corrupción, o en Suecia o Suiza, andan los “voluntarios” arriesgándose a ser atropellados por levantar un euro?

¿Por qué sigue privando la caridad a la antigüita, si ya hace años se legisló para que se convirtiera en justicia social?

Ya basta de volanteo

¿Alguien lee los volantes de publicidad que le entregan en la vía pública?

¿Habrá quien haya hecho alguna compra de impulso motivada por el incentivo impreso?

¿Algún investigador de la mercadotecnia cuenta con datos suficientes



Juan Ramón Lemus

como para seguir recomendando esta forma anticuada de publicidad?

Porque en estos tiempos del internet, de la comunicación electrónica, de los medios audiovisuales, seguir haciendo papelitos que sólo contaminan las calles, es seguir aferrado a tiempos que se fueron.

Ya desde los años 70, una película francesa, *Les valseuses* había exhibido la inutilidad de estos repartos, porque uno de esos valedores que consiguió trabajo de repartidor de volantes, en vez de perder el tiempo entregando uno por uno, a sabiendas del destino de cada papelito él mismo arruga sus volantes y los tira a la calle. No ha cambiado nada, desde entonces: la gente sigue haciendo lo mismo, otros ya se niegan a recibirlos definitivamente, con el disgusto de los repartidores, pero tal vez con el aplauso de los ecologistas, porque en la medida en que los transeúntes o los choferes de automóviles o camionetas rechacen el reparto, se niegan a que se siga llenando de basura las calles con estos papelitos, los productores de esta publicidad tendrían que desistir de hacerla y se dejarían de papelitos.

Por alguna parte hay que empezar a limpiar las ciudades, ¿no?

Más del erotismo retrasado

Parece que se volvieron a animar los poetas eróticos o como que les llegó fuerte la primavera y quieren recuperar por esta vía lo que ya perdieron por otra.

Por lo menos este poema que firma A. Woodoaks (mujercita de ésas de

armas tomar, según se desprende del texto) da a entender que ya se le fue de las manos el amor que alguna vez tuvo y que no supo de qué manera retener. Pero finalmente así es esto del erotismo: es, fue o será.

Así que en vista de que el poema erótico salta donde menos lo piensas, seguirá abierta esta sexión al erotismo temprano, al tardío y al retrasado, al inaugural y al de despedida, siempre y cuando se trata de esa literatura que sólo se puede leer a una mano.

Aprovechen la oferta de temporada y manden sus colaboraciones que aquí verán publicadas a: abrapalabra@aol.com

No secarás la pluma

No secarás la pluma
por la que he escrito tanto.

Conjuro en la terraza.

No cantarán los gallos,
nada será igual

si no te escribo a ti,
si no enciendes el faro,
si no alumbras la página,
si no te das

como un mar sin repliegues,
si no agitas la sábana.

Que tu relieve me encadene a mí
como un verso con su encabalgamiento.

¡Mira qué decisión tardía la tuya!

Si ya te escribí un verso
donde absolutamente viril te me
[sostienes.

¿Y hoy intentas negarme a mí
la pluma por la que he escrito tanto?

Pero soy tu poeta,
la única entre todas.

Tu suplicio es en vano, amor,

No está rota mi ánfora.

Voy a escribir andando en el desierto.

...Y cantarán los gallos.

Nuevas adivinanzas

El heterónimo de esta sección, Héctor Anaya, está preparando uno más de sus libros destinados en especial a los niños, aunque está a punto de clausurar este género de trabajo literario, para que no lo encasillen en la literatura infantil.

Pero se le ocurrió hacer algo que será de utilidad y ayudará a forjar lectores, porque a través de un libro de modernas adivinanzas adivinanzas y acertijos quiere situar a los niños frente a la creación literaria.

Y se le ocurrió hacer nuevas, porque parece bastante claro que las últimas que se escribieron datan del siglo XIX, ya que las que aparecen en los adivinancieros no se refieren a los grandes inventos del siglo XX. Las adivinanzas no se refieren al foco, sino a la vela, cuando se habla de la luz, no registra la aparición de la cámara fotográfica, del cine, el teléfono, ya se diga el celular, la estufa de gas, el refri, el auto, el avión, el astronauta, el horno de microwaves, en fin: todo lo que sabemos que existe, pero con lo que no se hacen adivinanzas.

Pero en su libro denominado *Adivinanzas de nuestra vida y de nuestro tiempo*, también le da cabida a las adivinanzas del entorno mexicano y latinoamericano, porque como la inmensa mayoría de las que figuran en los adivinancieros, proceden de Europa y concretamente de España, la fauna, la flora, las ciudades, los ríos, las playas, los montes, los bosques, la geografía en general,

así como la botánica y la zoología, la arqueología inclusive, corresponde al ámbito europeo, asiático o africano. Y por tanto, México y Latinoamérica, brillan por su ausencia.

El libro de Anaya intenta, entonces, actualizar las adivinanzas, pero también hacerlas propias de la región.

He aquí algunos avances, para que se animen a buscar el libro cuando aparezca en unas semanas más. Aquí aparecen las adivinanzas y los acertijos, aunque las respuestas se publicarán en la siguiente entrega, pero si quiere el culto y avezado lector adelantar sus hallazgos, envíelos a: abrapalabra@aol.com

Soy de México, de Chiapas
y aunque rujo en español
si me dicen: *How are you?*
les contesto en inglés: Yes

De Canadá soy turista
y viajo en mi propio avión.
Soy monarquista, autarquista
pero me gusta el calor
del pueblo de Michoacán.

Taran-tan, taran-tan
tú la ves y causa horror.
Trae sus hijitos al lomo
y sus saltos dan pavor.

Se pone a rezar
antes de cazar,
parece una mocha
pero sólo escampa.

Como el peso, popular;
como el escudo, nacional,
si te alistás eres yo,
y si no te vuelves sol.

¿Qué hora es cuando dos amigas
llegan a un hotel y piden una
habitación?

¿Quién podrá ser la mujer
que sin querer presumir
ella asegura saber
dónde es que está su marido?

Si un caballo blanco entra al río
Colorado, ¿cómo crees que sale?

¿Si se hacen por avión, cómo
acaban los viajes?
Yo iba hacia Isla Mujeres
cuando me encontré a tres
mujeres. Cada una llevaba una
bolsa y en cada bolsa iban sus
trajes de baño. ¿Cuántas mujeres
iban hacia Isla Mujeres?

Me quieren más por las hojas
que por mi amarilla flor.
Pero con ellas se adorna
el hogar donde hay calor,
deseos de felicidad
sobre todo en Navidad.

¿Qué parte de mi cuerpo
muy escondida,
no está fría
ni está caliente?

¿Qué cosa es
que agarra al obrero
y también al rey?
Al que es astronauta
y al que no lo es.
Aunque abras los ojos
tú a él no lo ves.

Soy un tren pero sin vías
y no corro sino vuelo;
me encontrarás en el aire
pero también en el suelo

En el avión me acomodo
pero en el jet no hallo modo;
me abrazan las azafatas
aunque no así los pilotos

Aero pasó por aquí,
de plano lo vio Ramón,
al que no me lo adivine,
se le parte el corazón.

¿Qué hay en la sala de espera de los
aeropuertos que no puede haber en un jet?

¿Qué hace un piloto si se le apaga la luz
en la cabina?

Si te digo dónde está el águila
y te informo dónde estuvo el sol,
¿tú me dirás quién soy yo?

Campesino no soy,
pero el campo frecuento.
Y sin que sea pescador,
con lo que pongo en la red
me sustento, me sustento. ■



Del Prado